

LA TÍA MATILDE Y EL ESCRIBIDOR

Por: Julio César Espinosa. (Tomado del magazín literario ACE Palabra Julio de 2006)

Parodio el título de una célebre novela latinoamericana para recordar realmente mi ingreso al mundo de las letras, tan fértil en frustraciones y amarguras.

Cuando contaba siete años de edad yo tenía una concepción muscular de la literatura. Tirsa Fajardo—la recuerdo en mi memoria infantil no como maestra sino como modista—venía de vez en cuando a la casa de mi familia en Mercaderes, con el propósito de intercambiar bordados y palabras con mi madre. En cada sesión de punto y cadeneta hablaban de un libro. Los manoseaban, lo abrían, lo cerraban, lo calificaban, lo señalaban con el dedo y al fin lo volvían a guardar en el nochero de la alcoba. A la siguiente sesión otra dosis de lo mismo. Pero un día hubo una variación. Cuando mi madre y la visitante se disponían a hablar del libro de marras, abrieron el cajón del nochero y notaron que el texto había desaparecido. Lógicamente (era algo predecible), me encontraron con el libro abierto debajo de un cafeto. Me hallaba estupefacto por el relato del viaje unas lilas y cavilaba si esas flores andaban entregando su perfume de pueblo en pueblo y de comarca en comarca. Antes de que hubiera leído a Evangelista Quintana—como la mayoría de niños de mi edad—Tirsa Fajardo me enseñó las primeras letras tomando como modelos franceses de esos textos (ya no era uno solo: al año siguiente habían traído cuatro más). No quiero ni imaginar lo que hubiera ocurrido si la buena de Tirsa me hubiera enseñado el misterio de la escritura basándose en libros como “Mi Lucha” de Hitler o “Justina” de Sade. Desde entonces vivo convencido de que el destino no lo maneja un demiurgo arquitecto sino un duende tejedor que urde la trama de la vida para su gozo creativo, sin que le importe para nada nuestra desdicha o nuestra felicidad.

Otro día, yo había puesto mi dedo índice mugroso, sobre un poema del que difícilmente había logrado extraer la nebulosa información de que Juan Lucero era un indio que tenía los ojos azules por culpa del sol. Desde entonces el sol deambula por mis mal escritas cuartillas. En aquella época no podía entender si lo que me dolía era el O si era costumbre del sol andar por ahí cambiándole el color de los ojos a la gente. Yo estaba seguro de una cosa nada más: el escrito aquel (yo lo tomaba por un cuento) me gustaba y le daba vueltas y más vueltas en el corazón.

Cuando el misterio de la lectura comenzó a disiparse (quiero decir, cuando fui capaz de leer “de corrido”), vi que mi desafortunada pasión abría el camino a otros interrogantes igualmente misteriosos aunque yo no disponía de nadie que me ayudara a resolverlos. ¿Quién había escrito aquellos libros? ¿Por qué se llamaban “los ríos han crecido”, “Por todos los silencios”, “Humano litoral”, “El hombre que vendió su sombra”? ¿Por qué algunos renglones eran pequeños y muy diferentes en extensión a otros? ¿Acaso el cansancio había terminado por doblegar a sus autores y, huyendo del ansiado descanso, con sus poderosísimos dedos habían optado por acortar los renglones, antes que darse por vencidos? Imaginaba a los escritores aquellos con unos músculos de acero para escribir unos textos tan grandes y de grafías tan perfectas. Mis escasos años anteriores de vida habían transcurrido parcialmente en una finca en la vereda Los Medios de Mercaderes, a orillas del río Sagandinga. Imposibilitado por lo tanto para, para imaginarme la hazaña de la imprenta, esos libros—también estaba “El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde”—me parecieron fabulosos, extraordinarios, espectaculares. Muy pocos meses después llegó a nuestra casa una señora que venía precedida por una aureola tenue de perfumes dulcísimos que hicieron residencia eterna en mi memoria.

Sus cejas eran negras, su vestido como de flores y hoy, ya de adulto (algo cansado de la vida) me doy cuenta de que en ella se cumplía el aforismo de Whitman: "Es más poeta el que inspira que el que está inspirado". Por el lado derecho la acompañaban tres señores desconocidos y por el izquierdo, mi padre. En aquella época nadie me dijo: "Esta es Matilde Espinosa, la que escribió **Los ríos han crecido** y **Por todos los silencios**". Antes de mirarme por primera vez, ella recogió su mirada de otros profundos horizontes y la concentro en mis pies descalzos, en mi pelo enmarañado, en mis descuadernados cuadernos. No me dijo nada sino que me besó y siguió tan campante.

Los cinco hablaron y hablaron y hablaron durante horas interminables, y yo me preguntaba de que tanto hablarían los adultos. Y seguía mirando a la señora aquella y oía su voz con cadencias distintas a todo cuanto había escuchado antes.

Por fin se agotó el caudal de aquella plática, de la cual sobresalía en suavidad la voz de la señora. Escondido la escuchaba. Hubiera hipotecado mi alma al diablo para que me permitiera seguir escuchando aquella palabra de la cual decir dulcísimo sería rayar en la ofensa, no por lo común sino por ineficiente. Por supuesto, los niños escuchan sin calificar; no obstante, hoy me sorprende indagándome por dentro qué era lo que me fascinaba en aquella voz y en aquel rostro y en aquella mirada, tres partes de una sola persona que producían un efecto de ternura ilimitada, capaz de distribuirse abundante por entre la población total del planeta.

Cuando lentamente un carro se llevó a la señora (recuerdo bien la calle y el pueblo), oí los adioses de Roberto, mi padre. Y una orden perentoria de él:

-- Julio, despídase de Matilde.

--¿Quién es Matilde?

--Tonto, Matilde, ella, la que escribió los libros que tanto te gustan.

De modo que...mi adrenalina desencadenó una oleada de angustia. El vehículo ya iba llevándose a la pasajera, a la señora, a la voz. No supe que hacer. Atortolado, corrí veloz a alcanzar el carro que por fortuna iba todavía despacio.

Mi padre sonreía juzgando tal vez con bondad mi pueril ansiedad por despedirme de la tía. Pero a mi no me interesaba despedirme de ella. Yo había elaborado una lacerante necesidad de saber si, tras de escribir esos libros tan bellos, se le habían engarrotado los músculos de la mano (como me ocurría a mí luego de hacer las misteriosas planas modeladas por Tirsa Fajardo).

Supuse a la velocidad del rayo que si ella era Matilde Espinosa de Pérez, los hombres desconocidos de al lado eran Stevenson, Chamisso, Helcías Martán Góngora.

La suposición provenía de una relacion espacial capturada a la manera pueril: si los libros de Matilde permanecían en el nochero junto a los de Helcías Martán Góngora, Chamisso Y Stevenson, nada más natural que los cuatro autores anduvieran juntos compartiendo sus horas por el mundo extraño.

De modo que me encontré dispuesto a no perder aquella magnífica oportunidad de resolver mis enigmas, irresolutos por tan largos días. Cuando mi cuerpo y la ventanilla del carro quedaron parejos, entonces le pedí a gritos me dijera por qué los renglones de sus libros eran tan corticos, cuánto tiempo había gastado para hacer esas palabras de tan misteriosos sentidos, cuando volverían Martán Góngora, Chamisso y el señor Stevenson a Mercaderes y que cuánto le habían pagado por el esfuerzo de sus libros.

Extrañada la poeta se asombró de ver correr a un niño al par de su vehículo pero algo entendió de la última pregunta, porque hizo detener el coche, se bajó, agachó su cuerpo hasta la altura de mi asombro y me contestó:

--No mi amor. Uno no escribe por plata. Escribe por otras razones--. Y me dio otro beso y se fue.

Esos libros, esas palabras, y ese encuentro están en la raíz de una vocación, sin que venga al caso hablar de sus escasos frutos.

Así fue mi ingreso al mundo de las letras y mi primera reunión con la poeta a la cual llamo "Mi personaje inolvidable" después en la dedicatoria del cuento "Homenaje a las fuentes". En el resto de mis 55 años de existencia, hablé con ella otras tres o cuatro veces muy fugaces. Y aunque en mi memoria la relación familiar se ha diluido, en mi interior sus libros crecen.